

La justeza y buen sentido de las que hace gala nuestro autor. En contra de esas soluciones —por otra parte muy comunes— de los prólogos arrogantes y pretenciosos, Ferraté se limita a explicarnos, a introducirnos en su labor anterior a la publicación; nos explica las razones y no nos habla —quizá paradójicamente— de las excelencias de sus antologizados. Algunas veces, con muy buen criterio, nos expone las limitaciones de algunos de ellos. En las tres partes en que se divide el texto introductor, Ferraté justifica su trabajo como traductor; nos explica el enclave general —literario e histórico— de los poetas seleccionados, y nos hace partícipes, en fin, de su ordenación en la antología.

Seriedad y verdad. Se ha adquirido un compromiso con aquellos poetas lejanos en la historia, desconocidos, prácticamente, en la literatura: traerlos ante el lector de hoy tal como fueron y escribieron. «Específicamente, en el caso de la poesía, el traductor debe ofrecer al lector —dice— un texto provisto de recursos suficientes para forzar la atención del lector a ajustarse a los requerimientos del texto en cuestión. *El texto mismo debe persuadir al lector, con sus propios recursos, de que merece leerse como poesía* y con la atención peculiar y sostenida requerida por la poesía» (5).

Esta afirmación —muy significativa— da prueba de una humildad frente a la obra digna, por sí misma, de toda alabanza. Lo que ya es bastante. También es prueba de un trabajo nada ligero ni descuidado la preocupación firme por adaptar —dentro de lo posible— estos metros griegos a la métrica española (endecasílabos y alejandrinos) y el mantenimiento unitario de esta adaptación «dentro de cada fragmento o grupo de fragmentos conexos, una vez elegida libremente la forma a emplear en cada caso».

No me parece, entonces, que exista una limitación erudita para la consideración y acceso a esta antología. El uso del endecasílabo o del alejandrino, primordialmente, nos hace adivinar una filiación popular, amplia y directa, en los textos aquí vertidos. Si añadimos a esto la simplicidad y elementalidad temática y expositiva —apuntada también por Ferraté en el prólogo— de que hacen gala cada uno de los poetas, nos afirmamos más en nuestro criterio. Entreabramos las primeras páginas de la antología. El poeta que escribe es Calino:

*¿Hasta cuándo estaréis recostados? Jóvenes, ¿cuándo
tendréis un pecho valiente? De tanto abandono
¿no os avergüenzan los pueblos vecinos? ¡Pensabais quedar
en paz, y a todo el país lo tiene la guerra!*

(5) El subrayado, en éste como en los otros textos tomados del original, es mío.

¿No existe claridad, rotundidad, a la vez que simpleza, tratamiento directo y elemental de la cuestión en estos cuatro primeros versos?

Otro punto en el que Ferraté insiste, y donde me parece radicar el centro de atracción más poderoso hacia donde hemos de dirigirnos al encontrarnos con la antología, es el valor circunstancial, la función real e inmediata «que la lírica de esa época ejerció *en relación con la vida contemporánea*, la del autor, la de su auditorio y la del entorno de cosas e ideas (reales a su vez o ficticias, no importa) con que cuentan ambos *autor* y *auditorio*, y al que la obra se refiere para evocarlo, aceptarlo, rechazarlo o *tratar de cambiarlo*». Despojándonos de la consideración de un interés más o menos inmediato que estos poetas y versos puedan tener hoy (interés relativo, si se quiere), esta afirmación de Ferraté nos hace comprender el valor contemporáneo actual, la vigencia—cuanto menos intencional—que obra en ellos. Afirma el autor que esta tendencia hacia la inmediatez (no tomando la poesía como objeto exento y absoluto, cargándose de un sentido parcial en la visión del mundo) parece oponerse al *gusto moderno*. No sé hasta qué punto es exacto esto. Quizá aquí el prólogo deja de ser lo suficientemente explícito. Lo cierto, lo evidente, es que toda esta lírica hinca sus raíces en lo verdaderamente vital, en lo verdaderamente humano, en la cotidianidad más esencial. Qué simpleza densa y profunda encierran, por ejemplo, estos versos de Solón:

*Es verdad, son ricos lo mismo, quien tiene abundante
plata y oro, y yugadas de tierra triguera,
y aun caballos y mulos, y quien otra cosa no tiene
sino el solaz del vientre, el costado y los pies,
y, cada vez que a eso venga, de una mujer o un muchacho
la juventud; y lo tiene todo a su tiempo.
Está ahí, la fortuna del hombre; pues nadie consigo
carga, al partir hacia el Hades, los bienes que sobran,
ni pagando rescate ahuyenta la muerte, ni el morbo
desgarrador, ni la infame vejez inminente.*

Aunque pueda parecer una digresión, me interesaría hacer aquí un paréntesis y comentar la limpidez de este poema, la firmeza de sus convicciones, así como la pureza de sus ideas; portavoz de una verdad perenne. Dicho todo con la precisión que emana de su perfecta estructura; expresado todo con una serena emotividad, con una rebeldía—quizá—íntima, pero sin llegar a desquiciarse las cosas, sin tomar ligera ni frívolamente la cuestión. Poetas hay—¡ay!—entre nuestros nuevos escritores tanteadores a ciegas de una forma poética desnuda, directísima, y que acaban en el callejón sin salida de la burda y chabacana expresión; a veces, de la retórica insulsa.

No sólo, pues, hay intuición, vida latente. Hay también organización intelectual del poema. No en vano Cavafis intentó la renovación, la nueva poesía popular, bebiendo en aquella fuente: sinceridad, verdad, pureza. A la vez que compromiso, valentía y discernimiento de la realidad histórica. No existe, ni en el uno ni en los otros, un intento de hacer historia heroica; hay una carga muy notable de *historia-verdad*: la que vive y hace el *pueblo-auditorio* que hace y vive; la que conoce el *autor-poeta* que, a la vez, la entrega a la consideración de aquél o trata, en última instancia, de dar o cambiar un testimonio fehaciente o una realidad reconocida como poco vigente.

UNA ANTOLOGÍA

Aunque, de pasada, se abunde en ciertos aspectos insinuados al hablar del prólogo, conviene detenerse —aunque sólo sea de una forma general— en la antología propiamente dicha.

«Los poetas representados en esta antología aparecen agrupados por géneros, en vez de ordenarse cronológicamente.» Elegíacos y yám-bicos, épicos los unos, más líricos los otros. Poetas del canto coral y poetas de la canción para una sola voz. Con sus similitudes o diferencias más o menos radicales. No vamos a entrar en consideraciones de tipo particular. Aludiremos, simplemente, a los caracteres temáticos o estilísticos que nos puedan arrojar un saldo favorable —o parcialmente positivo— en función de la *modernidad* de estos poetas y poemas.

La natural espontaneidad que existe en el planteamiento general de todos, o casi todos, estos poemas conduce al lector a una encrucijada curiosa: ¿son poemas difíciles, cerrados, agobiados por el peso de una simbología no del todo evidente? ¿O son, por el contrario, poemas simples, fáciles, de burda elaboración? Se plantea una disyuntiva entre lo hermético y lo elemental.

*Cada cual se afana a su modo. Hay quien en sus naves
recorre el mar rico en peces, queriendo llevar
ganancia a la casa, y lo azotan en tanto vientos terribles,
y no pone a su vida resguardo ninguno;
otro se pasa el año laborando un terreno plantado,
sirviendo al que tiene a su cargo los curvos arados;*

(Solón, 600 a. C.)

Quizá podamos extraer de esta manera simple de fabricar el poema una más o menos directa lección útil para quienes procuran una poesía

directa e inmediata como la que, al parecer, intentan nuestros últimos poetas (6). La poesía actual española, la que empieza a asomar su rostro a la ventana del ruedo literario, adolece —apenas nos fijemos— de una sólida formación estética. Estos jóvenes —el hecho es bien claro— saben qué tienen y qué quieren decir; pisan un terreno firme en lo que a renovación temática se refiere. Ahora bien: la expresión —enmascarada de libre, y quizá no tan libre como parece, sometida más bien a resplandores que ciegan en vez de orientar las más de las veces— se afana en ser directa e inmediata, yendo a desembocar en lo ramplón, en lo descuidado. Estos poemas reunidos aquí —¡qué gran lección sería leer atentamente esta antología con verdadero espíritu crítico— nos encaminan a un mundo expresivo y estético en verdad sorprendente.

¿Se puede dar mayor rotundidad y plenitud —por ejemplo— en poema tan sencillo como en estos versos de Arquiloco (650 a. de C.)?:

*Con un vaso, anda, ve por los bancos del ágil
navío, saca el tapón de los jarros panzudos,
y viértenos tinto hasta llegar a las heces: serenos,
no podemos, nosotros, hacer esta guardia.*

No sé hasta qué punto pueden ser interpretadas mis afirmaciones —algo superficiales, es verdad—, pero de lo que sí estoy cierto es de que en toda esta temática, y más en toda esta concepción técnica y estilística de los arcaicos griegos, hay materia aprovechable para una poesía más actual, más inmediata y verdadera como la que, al parecer, intentan nuestros jóvenes poetas.

Bien es verdad que en todo este mundo poético de los líricos griegos, maravillosamente desvelado por Ferraté, obra una presencia muy característica e importante: el elemento mitológico, el mundo de las divinidades al alcance de cualquier mano. El hombre griego era partícipe de este mundo —tan real como el del ágora—, y en su mundo mental actuaban simultáneos los dos planos de realidad. La poesía se abre entonces a una concepción más amplia y dilatada, pero sin perder sus ataduras de veracidad y realidad. Los dioses vivían, actuaban, tomaban a los mortales en matrimonio y éstos podían tratar de tú a Eros, a Zeus, a Hermes o a Dionisos.

(6) Concretamente, podemos citar las dos más recientes antologías publicadas por *El Bardo*: «Doce jóvenes poetas españoles», Barcelona, 1967, y «Antología de la nueva poesía española», preparada por José Batlló, Barcelona, 1968. En muchos de los nombres antologizados —sobre todo en la primera— aparece bien notoria esta intencionalidad que apuntamos.